

Un ‘Héroe de la Salud’: Hernando Groot Liévano 1917 - 2016

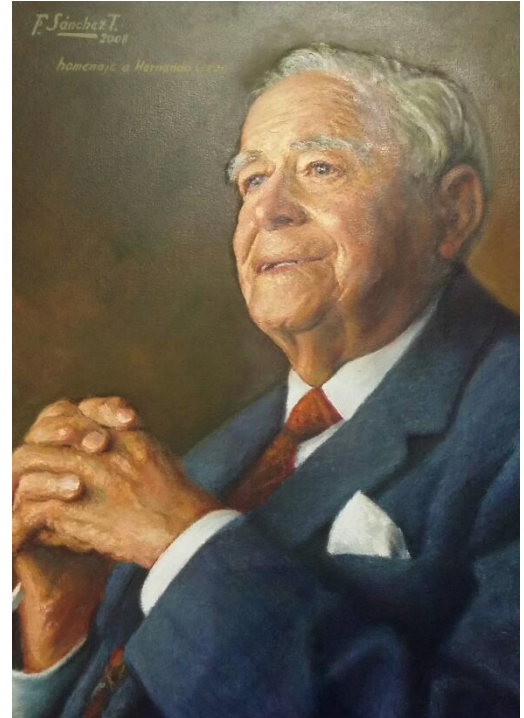
En octubre del año pasado, unos meses antes de cumplir los 100 años, murió en Bogotá el académico Hernando Groot Liévano, después de haber vivido una de las más fructíferas y ejemplares carreras en la historia de la ciencia y la salud colombianas. Pocas de sus distinciones lo definen mejor que la que le hizo la OPS (Organización Panamericana de la Salud) llamándolo ‘Héroe de la Salud’.

Desde niño parecía destinado a convertirse en un sabio. Él mismo contaba que a la edad de siete años, en una temporada de vacaciones en Villeta, se enfermó con un mal que llamaban la “chapetonada”, una fiebre que al decir de la gente le daba a los españoles, no acostumbrados a la inclemencia del trópico. El niño se hizo la pregunta fundamental de por qué se enferma la gente, y esa pregunta lo acompañó toda la vida. Durante ella hizo muchos y grandes esfuerzos para responderla, y no solo para su “chapetonada”, sino para casi todas las enfermedades infecciosas que aquejaban a la gente de esta tierra suya. La incógnita de la “chapetonada” la resolvió unos 24 años después cuando, armado de instrumentos diagnósticos de laboratorio, regresó a Villeta, tomó muestras de sangre a todos los habitantes que habían estado en el pueblo un cuarto de siglo antes y encontró que más del 25% de ellos tenían anticuerpos contra el virus del dengue. Así, tiempo después, llegó a la conclusión de que muy probablemente ese virus había sido el culpable de sus vacaciones frustradas.

Cuando era apenas un joven de 21 años, estudiante de medicina de la Universidad Nacional de Colombia que hacía su internado en el Hospital San Juan de Dios, publicó sus dos primeros artículos científicos: *Frecuencia de los parásitos intestinales en los enfermos del Hospital San Juan de Dios* y *Frecuencia con que se encuentran los huevos infecundados de Ascaris lumbricoides*. No era de los estudiantes que aprenden, diagnostican y curan. Él necesitaba entender algo más: conocer patrones generales, prevalencias y estadísticas. Quería saber cuáles eran los agentes que infectaban y en qué proporción lo hacían, cómo se llevaba a cabo su multiplicación y su diseminación. Desde tan joven ya entendía el enorme valor del conocimiento, el potencial que éste genera para atacar los males de raíz y en las poblaciones numerosas, más que en los individuos.

Se graduó de médico con una tesis que era bioquímica por un lado, porque estudiaba parámetros como la fosfatasa, el calcio y el fósforo inorgánico en plasma de pacientes, pero también era de salud pública porque los pacientes estudiados provenían del leprocomio de Agua de Dios, cuyo laboratorio dirigió después de una breve experiencia estudiantil como técnico del laboratorio clínico del Hospital San Juan de Dios. Fue esa otra característica que también lo acompañó toda la vida: usaba la mejor tecnología de laboratorio que pudiera conseguir para estudiar los problemas más reales que aquejaban a la gente. Fue un médico “anfíbio” que funcionaba muy bien en el laboratorio y en el campo, pero que lo hacía mejor aún cuando tenía los dos.

Sus aportes al conocimiento de la patología del trópico, especialmente la colombiana, fue inmenso y vastísimo. Perteneció a un grupo de brillantes jóvenes pioneros, apasionados y altruistas, que se acercaron a un terreno desconocido en una forma tal vez parecida a la de los grandes exploradores de la historia quienes se internaban en lugares ignotos, seguramente llenos de peligros, con curiosidad y valor. Eran verdaderos descubridores. Aquellos jóvenes publicaron juntos y en diversas combinaciones, estudios sobre patógenos muy diversos: bacterias, virus y parásitos. También sobre la forma como éstos eran transmitidos, sobre todo si era a través de insectos vectores y de circunstancias ambientales. Su nombre se encuentra cruzado con los de otras figuras egregias de nuestra historia científica como César Uribe Piedrahita, Luis Patiño Camargo, Santiago Rengifo Salcedo, Carlos Sanmartín Barberi, Ernesto Osorno Mesa y Augusto Gast Galvis, entre otros.



Academia Nacional de Medicina, Bogotá, Colombia

Empezó estudiando enfermedades generadas por bacterias, como fueron tífus exantemático, afecciones por *Shigella* y *Salmonella*, además de bartonelosis y sífilis. Hizo avances extraordinarios con enfermedades virales. Se le debe mucho de lo que sabemos sobre la epidemiología de la fiebre amarilla y la distribución de sus insectos vectores, tanto urbanos como rurales. Aportó a su control al caracterizar la vacuna y la permanencia en el tiempo de anticuerpos en los vacunados. Estudió brotes y recomendó normas y buenas prácticas para su manejo. Aisló, por primera vez en Colombia, el virus del dengue y estudió la primera epidemia descrita en el mundo de encefalitis equina en humanos. Identificó un nuevo virus, el Guaroa, y mostró como las infecciones que causaba eran asintomáticas.

En parasitología sus aportes fueron muy importantes. Publicó trabajos sobre *Leishmania* y *Plasmodium*, pero seguramente sus investigaciones más significativas fueron con los tripanosomas. Describió el agente que llamó *Trypanosoma ariarii*, el que más tarde fuera reconocido como el mismo (o variante cercana) del *Trypanosoma rangeli*, identificado previamente en Venezuela. Describió su ciclo biológico y el vector que lo transmitía y logró cultivarlo en el laboratorio.

En ese campo un suceso excepcional, casi de novela, muestra otro aspecto de su altruismo apasionado. Él y sus colegas plantearon una hipótesis, a saber, que el *Trypanosoma ariarii* infectaba al humano, pero no causaba enfermedad. Este hecho era de gran importancia médica y podría tener implicaciones para una eventual vacuna para combatir al muy virulento *Trypanosoma cruzi* agente de la enfermedad de Chagas. Decidieron entonces él, Santiago Rengifo Salcedo y Carlos Sanmartín Barberi, inocularse a sí mismos para demostrar esa hipótesis. Su muy afortunada longevidad demostró que también en ello tenía la razón.

Además de hacer ciencia fue su defensor e impulsor y una verdadera autoridad en ética médica; participó en la redacción de la Ley que la regula en el país y fue, por años, miembro y presidente del Tribunal Nacional que la aplica. Asesoró a comités nacionales e internacionales como el Comité de Investigación de Medicina Tropical de la Unión Europea, el Comité Científico Asesor de la OMS (Organización Mundial de la Salud), del Comité Asesor de la OPS y de la Biblioteca Regional de Medicina. Además de haber estado vinculado con su accionar a varios de los afluentes del Instituto Nacional de Salud actual, fue su director y continuó asesorándolo en múltiples actividades científicas muchos años después de su jubilación.

Su actividad académica fue extraordinaria: miembro de la Sociedad de Biología de Bogotá, de la Academia Nacional de Medicina donde fue vicepresidente, presidente y secretario perpetuo, de la Academia de Medicina de Chile, de la Real Academia Española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Sociedad Americana de Medicina Tropical e Higiene, de la Sociedad Belga de Medicina Tropical, de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo, de la Academia Colombiana de la Lengua y miembro de número y honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales.

Maestro desde que era estudiante, la educación fue una de sus preocupaciones constantes. Fue profesor en su *Alma Mater*, la Universidad Nacional de Colombia, precursor y profesor de medicina tropical en la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana, organizador del primer programa de pre-médica en la Universidad de los Andes, fundador en ella de su primera Facultad de Ciencias (luego Facultad de Artes y Ciencias), donde fuera también su decano y vicerrector.

Recibió honores, quien sabe si suficientes. Los más notables tal vez, además de los cargos honorarios en las academias fueron la medalla Donald Macky otorgada por la *Royal Society of Tropical Medicine* de Inglaterra y la *American Society of Tropical Medicine and Hygiene* de Estados Unidos, y el Premio *Abraham Horowitz* otorgado por la OPS.

Pero, creo que no me equivoco al decir que el logro más grande de Hernando Groot Liévano fue ser él mismo. Lo conocí cuando yo era un joven que recién retornaba al país del doctorado, y él ya era una leyenda nacional y la voz más autorizada en el Instituto Nacional de Salud. Una voz pausada, tranquila y amable. Sus reflexiones eran agudas y rigurosas pero siempre positivas, no señalaba los defectos de un trabajo sino que proponía las mejoras que lo harían útil. Siendo yo un recién llegado, ni siquiera imaginaba que él supiera quien era yo, se me concedió una vez una mención honorífica. Cuando llegué muy temprano al laboratorio, en mi tablero ya había un mensaje de congratulación y apoyo, escrito con tiza y en su letra clara. Él llegaba aún más temprano y sabía todo lo que pasaba en el INS.

Sus charlas eran tan interesantes y apasionantes como una novela, sus intervenciones y preguntas eran siempre relevantes, tocaban el meollo del asunto, con frecuencia le explicaban al público las implicaciones más ocultas de lo que acababa de exponer otro académico. Hasta la última reunión a la que asistió, poco antes de morir, dio lecciones de sensatez, inteligencia, amabilidad y positivismo. La OPS lo nombró “Héroe de la Salud” pero su heroísmo, en verdad, se extendió a la ciencia en general y a la educación de los otros, amplia e integral, en la cual se empeñó aún imperceptiblemente, hasta el final de los días.

Moisés Wasserman, Ph.D.

Académico de número

Expresidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales